

Una historia social y política del mundo del trabajo y los trabajadores

(A social and political history of work and workers' world)

Gabriel, Pere

Univ. Autònoma de Barcelona

Dpto. de Historia Moderna y Contemporánea

Edifici B

08193 Bellaterra

E-mail: Pere.Gabriel@uab.es

BIBLID [1136-6834 (2000), 30; 15-31]

Después de recordar cómo en los inicios de la preocupación historiográfica sobre los trabajadores en España pueden encontrarse muchas de las miradas interdisciplinares, con sabor a antropología, sociología, psicología o filología, ahora en boga, se destaca la relación entre la actual multiplicación de temáticas a considerar con un importante desconcierto interpretativo. Hay que procurar la vertebración de los diversos aspectos y, en especial, ser capaces de apostar por una historia del trabajo y los trabajadores que se inserte en una renovada historia social de la política, en una renovada historia de clase. La práctica de la historia local y de las monografías debería ser en esta dirección un buen punto de partida.

Palabras Clave: Historia social. Historia del trabajo y los trabajadores. Historia del movimiento obrero. Historia de la mujer trabajadora. Sociología e historia. Antropología e historia. Cultura política y mundo del trabajo. Clases sociales y trabajo. Historia local e historia social.

Espainian, langileen inguruko ardua historiografikoaren hasieran orain modan diren antropologia, soziologia, psikologia edo filologia kutsua duten disziplinarateko begiratu asko aurki daitekeela oroitu ondoren, nabarmendu egiten da egungo gaien kopuru geroz handiagoaren eta interpretazio-mailako nahasketaren artean gertatzen den erlazioa. Alderdi desberdinen egituratze aldera jo beharra dago, eta bereziki lanaren eta langileen historia baten alde egin behar dugu apostu, halako historia politikaren gizarte historia eraberrituan, klase historia berrituan sartu beharko delarik. Norabide horretan, tokiko historiaren eta monografiaren praktikak abiapuntu egokia izan beharko luke.

Giltz-Hitzak: Gizarte historia. Lanaren eta langileen historia. Langile mugimenduaren historia. Emakume langileen historia. Soziologia eta historia. Kultura politikoa eta lanaren mundua. Gizarte klaseak eta lana. Tokiko historia eta gizarte historia.

Après avoir rappelé comment on peut trouver bien des points de vue interdisciplinaires, au début de la préoccupation historiographique sur les travailleurs en Espagne, avec une tendance anthropologique, sociologique, psychologique ou philologique, en vogue en ce moment, on met en évidence la relation entre la multiplication actuelle de thèmes à considérer avec une grande confusion interprétative. Il faut tenter de vertebrer tous ces divers aspects et, surtout, être capables de miser sur une histoire du travail et des travailleurs qui s'inscrive dans une histoire sociale de la politique renouvelée, dans une histoire de classe renouvelée. La pratique de l'histoire locale et des monographies devrait être dans ce sens un bon point de départ.

Mots Clés: Histoire sociale. Histoire du travail et des travailleurs. Histoire du mouvement ouvrier. Histoire de la femme travailleuse. Sociologie et histoire. Anthropologie et histoire. Culture politique et monde du travail. Classes sociales et travail. Histoire locale et histoire sociale.

Forzosamente cualquier discurso inaugural ha de tener algo de balance y reflexión general. En este caso, acerca de los estudios sobre el trabajo y los trabajadores. Es lo que voy a intentar, aceptando un riesgo evidente: mi intervención tendrá, quizás en exceso, un cierto tono abstracto y genérico y es probable que al hacer algunas referencias concretas, éstas por conocidas puedan parecer banales. Creo, sinceramente, que aquí lo básico e importante son sus investigaciones y la discusión y comentarios sobre sus comunicaciones. Vayan por delante por tanto mis excusas.

¿Qué pretendo? En el fondo algo muy simple y elemental. En primer lugar, relativizar cierta fiebre -que por suerte está ya remitiendo- por la introducción obsesiva en nuestro trabajo de unas pretendidas novedades metodológicas de origen externo, es decir, fundamentalmente anglosajón. De ahí que vaya a recordar como en los inicios de la preocupación historiográfica sobre los trabajadores en España pueden encontrarse muchas de estas miradas interdisciplinares, con sabor a antropología, sociología psicología o filología, tan en boga entre los entusiastas de las novedades. Dedicaré en este marco, una cierta atención específica a las metodologías y formas de aproximarse al tema en los años del franquismo.

En segundo lugar, destacar la relación -que considero bastante estrecha- entre la actual multiplicación de temáticas y centros de interés a considerar con un profundo desconcierto interpretativo. En cualquier caso, mi apuesta no es la de limitar los temas y aspectos a estudiar y tener en cuenta del mundo del trabajo y los trabajadores, sino la de procurar conscientemente y de forma explícita su vertebración y no renunciar a formular la intencionalidad final de nuestros estudios.

Parece obligado, por otra parte y en este contexto, dedicar una atención específica al papel y problemas de la historia local. No es sólo porque estamos en unas Jornadas de Historia Local, es porque es en esta historia local y en los análisis monográficos donde podríamos efectuar avances notables en al dirección que acabo de mencionar y desde donde podríamos afrontar reales re-interpretaciones y revisar muchos de los tópicos activos en las visiones actuales más globales.

Espero, por último, después de este recorrido argumental -que ahora estoy esquematizando- saber transmitir a todos uds. el sentido de mi defensa final, mi apuesta, por una historia del trabajo y los trabajadores que sea capaz de insertarse en una renovada historia social de la política, en una revisada historia de clase.

I. HISTORIOGRAFÍA DEL TRABAJO E HISTORIOGRAFIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Quizás sea útil recordar cómo se formó en España una historiografía del trabajo (no ya del movimiento obrero). La atención al trabajo y los trabajadores (y la atención a la problemática de la nueva pobreza de masas capitalista) fue una pieza básica que explica el surgimiento de toda una serie de nuevas disciplinas de las ciencias sociales muy en especial en el último tercio del siglo XIX. Los autores se entremezclaron y confundieron a menudo con una extensa nómina de publicistas abocados a la formulación más o menos arbitrista de proyectos de reforma y terapéutica social¹. Fue el momento de análisis clásicos de la sociología de

1. He de advertir que en todo mi relato, conscientemente, voy a dejar fuera la historia más política y sindical del movimiento obrero en beneficio justamente de una historia de la clase obrera más económica y social, en cierto sentido más estructural. Mi panorámica pretende recoger las aproximaciones a la historia del trabajo y los trabajadores efectuadas, con características y formas algo diferenciadas, desde la sociología del trabajo, desde la historia económica y, más especialmente, desde la historia social y obrera. Por otra parte, he de advertir que dado el carácter de la intervención sólo fijaré algunas y muy pocas referencias bibliográficas. Pido por ello excusas.

la mano de Adolfo Posada y el grupo de la Universidad de Oviedo, de la antropología con resultados notables a través de Bernaldo de Quirós o de la criminología con obras de Pedro Dorado Montero o Urbano González Serrano. A su vez, un cierto higienismo que ya tenía antecedentes notorios referidos a la primera mitad del siglo XIX (Joaquim Salarich, Pere Felip Monlau) iba a desarrollarse a través de obras como las de Pere García Faria en Barcelona y las colecciones de Monografías Médicas que con denominaciones específicas se publicaron en distintos lugares.

A destacar que en un principio fue más importante y generalizada este tipo de atención mitad sociológica mitad antropológica que no los análisis más específicos del movimiento político y sindical obrero. Aunque algunas obras, siempre en este contexto de terapéutica social, sí hubo: Manuel Gil Maestre (1897), Gustavo La Iglesia (1907), Cascales Muñoz (1912), etc. hasta llegar al conocido notario de Bujalance Juan Díaz del Moral (1928), que según mi opinión vino a concluir una etapa al entremezclar las miradas políticas e ideológicas con las de la antropología y la realidad geográfica económica. De todas formas y a pesar de sus muchas limitaciones, en aquella primera etapa el mejor conocimiento y detalle sobre la historia política y sindical del movimiento obrero fue militante y en gran medida autobiográfico: Francesc Tomàs (1887), Anselmo Lorenzo (1901, 1914), Francisco Mora (1903), Eladi Gardó (1925), Manuel Buenacasa (1928), etc².

En tiempos de Franco: el derecho del trabajo

La historia del trabajo en España fue en tiempos del franquismo una disciplina controlada por hombres que provenían del mundo del derecho del trabajo. Se trataba en este caso de justificar una determinada legislación corporativa de corte fascista como ordenadora de las relaciones laborales. De hecho la mayor parte de los responsables del tema eran profesionales y publicistas que habían ya tenido un alto protagonismo alrededor del ministerio de Trabajo durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera. Hombres, en direcciones distintas, como Alexandre Gallart, Jaume Carrera Pujal o Josep M. Vila³. La disciplina, siempre vestida de derecho del trabajo, tenía tres puntos de difusión: las Escuelas Sociales -que sustituían anteriores Escuelas del Trabajo-; las Escuelas de Altos Estudios Mercantiles, dedicadas a la formación de pequeños mandos para las empresas; las Facultades de Derecho (y a partir de los años sesenta, además, las Facultades de Ciencias Económicas), que fijaban la formación o bien de abogados y magistrados en el campo laboral o bien de altos cargos empresariales. Al margen de detalles y matices, hay que llamar muy especialmente la atención sobre el que la historia del trabajo practicada y enseñada iba dirigida a la formación de un determinado personal empresarial y la consolidación de un muy determinado modelo de relaciones laborales. Constituía el complemento del publicismo propagandista más abiertamente político procedente de Falange y el llamado Movimiento, el cual hacía también su pe-

2. Hace unos años resumí esta evolución en el prólogo a la re-edición del libro clásico de Manuel Reventós, *Els moviments Socials a Barcelona el segle XIX*, Barcelona, Crítica, 1989. Se fijó también en estos antecedentes el buen artículo de Carlos Forcadell "Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española", *Historia Contemporánea*, Bilbao, 7/1992.

3. Alexandre Gallart recogía en parte una tradición de reformismo positivista que habían practicado hombres como Juan Uña y Sarthou (*Las Asociaciones Obreras en España (Notas para su historia)*, Madrid, 1900) o Práxedes Zancaza (*El obrero en España (Notas para su historia política y social)*, Barcelona, 1902, y *Derecho Corporativo Español. Organización del trabajo*, Barcelona, 1930). Obras significativas fueron también *Derecho Corporativo y Derecho Español del Trabajo* (Barcelona 1936) de Gallart, *La evolución de las ideas y las luchas sociales* (Barcelona, 1940) de Jaume Carrera Pujal o *Del Gremio al Nacional-Sindicalismo* (Barcelona 1940) de José M. Vila.

cular historia del movimiento obrero y el sindicalismo y de los 'graves' conflictos que en el pasado habían desgarrado la vida laboral española. Un publicismo practicado por muchos, notablemente por Maximiano García Venero, Guillen Salaya o el policía Eduardo Comín Colomer⁴.

Hay que recordar esta atmósfera para valorar la importancia rupturista que tuvieron algunas tímidas aperturas hacia las historiografías europeas y el acercamiento que se produjo a la historiografía social francesa, italiana y británica de los sesenta y setenta. Quizás el ejemplo más representativo e influyente de esta apertura radique en el grupo de historiadores, muy interdisciplinar, que impulsó la creación en Barcelona de la revista "*Recerques*" en 1970⁵ y ha marcado toda una generación de historiadores sociales en Cataluña especialmente.

Es en este marco, dibujado con difíciles aperturas en medio de un oficialismo académico claramente dominante, que iba a experimentar también algún cambio la propia estructura del régimen. Así, gracias en especial al economista Juan Velarde Fuertes, el Ministerio de Trabajo abrió su revista, la "*Revista de Trabajo*" iniciada en 1963, a la recuperación de las informaciones sociales que habían recopilado las instituciones oficiales durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, así como a toda una nueva generación de historiadores, preocupados en temas como la problemática agraria (notablemente Emili Giralt), la historia de la prensa obrera (Victor Manuel Arbeloa), la historia del pensamiento y las ideologías socialistas y anarquistas (mucho y útil escribió y publicó ya allí Antonio Elorza), etc. Como todos Uds. conocen esta línea vino a ser continuada por '*Estudios de Historia Social*', también bajo el paraguas protector del Ministerio.

Los católicos y la sociología del trabajo. Una nueva sociología del trabajo desde la izquierda

En el campo de la sociología, fue especialmente notoria la presencia y el protagonismo de un catolicismo en renovación que pretendía alejarse del nacionalcatolicismo imperante. Por ejemplo, en Madrid la '*Revista de Fomento Social*', una revista de un organismo derivado de la Acción Católica, o en Barcelona la revista '*Perspectiva Social*' de l'Institut Catòlic d'Estudis Socials de Barcelona (ICESB) empezaron a publicar números y dossiers monográficos no ya sobre el trabajo sino sobre temas de historia del movimiento obrero que perdían la voluntad aleccionadora usual del academicismo franquista.

Desde la sociología la aproximación a la historia del trabajo ha tendido a moverse en dos direcciones. Ha habido una cierta preocupación por el análisis de las condiciones de vida y características de la población trabajadora que ha procurado en ocasiones visiones retros-

4. El más útil y documentado era Maximiano García Venero, en especial con *Historia de las Internacionales en España*, 3 vols., Madrid, 1956-1957, y *Historia de los movimientos sindicalistas españoles (1840-1933)*, Madrid, 1961. Guillén Salaya editó una obra de militancia fascista (el había sido miembro de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) que el régimen difundió abundantemente entre los cuadros sindicales del oficialismo franquista, *Historia del sindicalismo español* (Madrid, Editora Nacional, 2a edición, 1943). Por su parte Eduardo Comín Colomer, impenitente e infatigable propagandista defensor de la policía y la guardia civil franquistas, publicó entre otras muchísimas obras *Libro de oro de la Policía Gubernativa (Funcionarios caídos desde 1906 en defensa del orden público)*, Madrid, Ministerio de la Gobernación, 1953, *Historia del anarquismo español*, 2 vols, Barcelona, AHR, 1956, e *Historia del Partido Comunista de España*, 3 vols., Madrid, Editora Nacional, 1965-1967.

5. En su primera etapa sus impulsores fueron Josep Fontana, Ramon Garrabou, Ernest Lluch, Joaquim Molas y Josep Termes: tres historiadores, un economista e historiador del pensamiento económico y un filólogo e historiador de la literatura. Significativamente a continuación de su título, '*Recerques*' (investigaciones), constaba como subtítulo 'Historia, Economía, Cultura'.

pectivas y que se ha interesado por la problemática de la inmigración y la configuración de nuevos barrios populares y obreros sobre todo a partir de 1960. En segundo lugar, quizás con mayor énfasis y ambición metodológica, ha habido y hay una atención más estricta a las características del mundo del trabajo en la empresa, al análisis de los cambios tecnológicos y de las formas y organización del trabajo.

Existen bastantes revistas de sociología, pero la de mayor especificidad y empuje en el tema es "*Sociología del Trabajo*", que se publica desde la Universidad Complutense de Madrid y cuenta con una buena red de relaciones europeas⁶. La revista se ha implicado muy en especial en las polémicas sobre el fordismo y el neofordismo, manteniendo unas posiciones muy críticas respecto del mismo. Ha abierto sus páginas a menudo a temáticas de historia obrera, destacadamente en aspectos como el significado de determinados cambios de personal en la organización de determinadas empresas y en las categorías de los trabajadores, o en la importancia de las políticas paternalistas patronales.

Historia económica. Historia industrial e historia agraria

Desde la preocupación por la historia económica surgió en 1960 un análisis muy representativo del momento, uno de aquellos costosos intentos de apertura a la historiografía europea a los que me refería: la participación impulsada por Jaume Vicens Vives, con Jordi Nadal y Casimir Martí en el VII coloquio de la Comisión Internacional de Historia de los Movimientos sociales y las Estructuras Sociales del Comité Internacional de Ciencias Históricas, reunido en Estocolmo para la discusión interdisciplinar del tema de 'Mouvements Ouvriers et dépression économique de 1929 á 1939'⁷. Se trataba de valorar la incidencia de la presión demográfica (las personas en edad de trabajar), la crisis económica (mediante indicadores de producción y del comercio exterior de los principales sectores de la economía) y la evolución del movimiento huelguístico. Una de las más importantes derivaciones de este camino había de ser pasado el tiempo el análisis sobre salarios y coste de la vida. Salvo excepciones, poca atención ha dedicado la historia económica al mundo de las profesiones y las formas de trabajo, aunque sí existen estudios notables y amplios sobre la problemática económica de los grandes sectores de la producción, la industria o los servicios. Tampoco ha incidido en exceso en los análisis de las huelgas, temática ésta asumida por la historia social. En estos momentos, la mejor representación puede encontrarse en la revista "*Historia Industrial*" que aparece en Barcelona, impulsada desde el Departamento de Historia Económica de la Universidad de Barcelona y en especial Jordi Nadal. De todas formas, la preocupación de la historia económica en su conjunto por la problemática social es más bien escasa⁸. A destacar que el intento de impulsar un Instituto de Historia de la Empresa, con participación múltiple de historia económica, historia política y sociología, aparece de momento algo encallado.

6. Como es sabido, "*Sociología del Trabajo*" la empezaron a publicar y continúan publicando un grupo de sociólogos, bajo el constante ánimo de los hermanos Juan José y Santiago Castillo y de Carlos Prieto, desde la Universidad Complutense de Madrid. Mantienen estrechas relaciones con un potente núcleo catalán (Jordi Estivill, Oriol Homs, Faustino Miguélez), y una presencia destacada en Andalucía (Manuel Pérez-Yruela, de Córdoba), aparte de amplias relaciones internacionales, también con Italia. Para un incisivo y completo repaso de la presencia de la historia social en la revista, cf. Jorge Uría, *Sociología e Historia. Una década de historia social en "Sociología del trabajo"*, 31/otoño 1997.

7. Su intervención figura en la correspondiente publicación efectuada en 1966 y lleva por título '*Los movimientos obreros en España en tiempos de depresión económica (1929-1939). Sus consecuencias de orden político y social*'.

8. Aunque algunos de los mejores trabajos de historia económica constituyan referentes indispensables para la historia social y algunos de sus profesores y catedráticos -por ejemplo, Manuel González Portilla- impulsen buenos estudios de temáticas sociales y obreras.

Por su parte, bajo el impulso primero de Emili Giralt y después en especial de Ramon Garrabou, la historia agraria ha tenido en España un fuerte tono social (especialmente atenta por ejemplo a todo el variado asociacionismo rural) y en sus publicaciones han aparecido a menudo intentos de comprensión de la multiplicidad de trabajos y categorías, en un mundo el agrario especialmente complejo y hasta hace poco muy desconocido. Una de sus principales aportaciones, según creo, ha sido la ruptura de la imagen tópica sobre una España agraria bipolar dividida entre un área genéricamente latifundista y llena de jornaleros sin tierra y un segundo espacio más o menos minifundista y de pequeño arrendatario. Han introducido en este campo el estudio de múltiples variantes y han auspiciado numerosos análisis sobre las múltiples labores y categorías del trabajo rural. Organos de expresión importantes son, en Cataluña, "*Estudis d'Història Agrària*", aparecida en 1978 y auspiciada por Giralt y Rafael Aracil desde la Universidad de Barcelona, y en general para España, "*Agricultura y Sociedad*", órgano del Ministerio de Agricultura, aparecida en 1976.

Historia del movimiento obrero e historia social

En España, buena parte de la Historia del Movimiento Obrero tuvo a menudo una vertiente que intentaba reflejar los cambios económicos y de las estructuras sociales. Tanto desde posiciones marxistas como, más a menudo, desde la influencia genérica de la historiografía francesa. Un ejemplo en este sentido puede encontrarse en el libro-manual de Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la Historia de España*, de 1972 y en parte de la producción generada alrededor de los coloquios de estudiosos que él impulsaba en Pau, en el exilio. Aunque este enfoque distaba de ser el único y la historia del movimiento obrero practicada en los setenta incluía muy destacadamente una voluntad de inserción en la historia contemporánea más política, así como en la historia del pensamiento y las ideologías.

En cualquier caso, ha sido desde esta historia del movimiento obrero que se han hecho los mayores esfuerzos por llegar al análisis histórico del mundo del trabajo y la consideración más estructural del trabajador. Hace ya años, a partir de 1974-1975, se impuso una cierta voluntad de escapar a los moldes más limitados de la historia institucional del movimiento obrero y de la historia más mecánica para, en frase de un prólogo significativo de Josep Termes que venía a ser el portavoz de todo un grupo de historiadores catalanes, "*bajar del grupúsculo a la clase social*"⁹. El replanteamiento tuvo muchos matices y vino a cubrir una etapa con el artículo-manifiesto que publicaron José Álvarez-Junco y Manuel Pérez Ledesma en Madrid en "*Revista de Occidente*" a finales de 1982¹⁰. Los nuevos caminos emprendidos iban a verse reflejados en las dos revistas especializadas: "*Estudios de Historia Social*", que con el soporte del Ministerio de Trabajo, mantenía desde 1977 Antonio Elorza desde Madrid (la revista fue hace algunos años cancelada), e "*Historia Social*", que se publica en Valencia desde 1988 dirigida por Javier Paniagua y José Antonio Piqueras¹¹.

9. Cf. Josep Termes, *Prólogo*, p. III, en F. BONAMUSA, *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Barcelona, 1977.

10. Cf. *Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?*, "*Revista de Occidente*", 12/1982, pp. 19-41. Entre medio hubo unos Encuentros de historiadores sociales auspiciados desde Valencia por Xavier Paniagua y José Antonio Piqueras, en 1979 y 1981. El III Encuentro de 1987 preparó de hecho la aparición de la revista "*Historia Social*".

11. Un repaso a las discusiones metodológicas más relevantes que han tenido lugar últimamente en España puede encontrarse en especial en Julián Casanova, *La historia social y los historiadores* (Barcelona, 1991), Carlos Forcadell, 'Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española' ("*Historia Contemporánea*", Bilbao, 7/1992) y Pere Gabriel, 'A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea' ("*Historia social*", Valencia, 22/1995).

De la reflexión metodológica de aquellos años se derivaron destacadamente tres nuevos caminos que han ensanchado considerablemente los horizontes de la historia del movimiento obrero español¹². Primero: algunos esfuerzos para adentrarse en un amplio conjunto de organizaciones y no limitarse al partido o el sindicato militante de izquierdas. En definitiva la consideración de un amplio abanico asociativo (desde la mutua, la cooperativa, el ateneo, el casino o el café hasta ciertamente el sindicato y los partidos) como caminos de aproximación a la realidad de un movimiento obrero no visto ya como un simple movimiento dirigido por la voluntad de unas minoritarias militancias de vanguardia. Segundo: los intentos más sistemáticos de acceder a la consideración sociológica y profesional de la población obrera y trabajadora, tanto en el mundo urbano como el el mundo más rural¹³. La derivación más reciente de esta línea está siendo los cada vez más significativos intentos de comprensión de las formas de trabajo y análisis de sectores laborales. Tercero: la apertura del debate sobre las condiciones de vida del trabajador y los sectores populares. Un debate que partió de los intentos y visiones mecánicas sobre la relación que a menudo se establecía entre la bajada de los salarios reales y la conflictividad huelguística y social, pero que poco a poco fue ampliándose a una problemática mucho más compleja alrededor de la miseria, la salud, la muerte, la higiene, etc.

En este terreno han dificultado sin duda los avances las muchas limitaciones de las fuentes estadísticas existentes. Si la historia del movimiento obrero en España (y en otros países) se veía y se ve frenada por la historia de discontinuidades, represiones y guerras que han machacado documentos y material escrito, la historia de la realidad obrera y laboral se ha visto claramente perjudicada por la debilidad de una infraestructura de estadística social formalmente existente. En el fondo la debilidad del Estado Liberal Español generó de modo coherente unas muy malas series de estadísticas, censos e informaciones sociales. Ello ha ralentizado los avances en temas importantes y concretos como la cuantificación de la población obrera y su distribución espacial y profesional o el cálculo de salarios reales y su evolución y características. De hecho algo mucho peor: las valoraciones generales -inevitablemente basadas en cifras y datos oficiales globales de muy mala calidad- han conducido y conducen aún a interpretaciones claramente erróneas¹⁴.

La preocupación por la cuantificación de la población obrera ha derivado por tanto forzosamente a rehacer censos y análisis provinciales y locales. Por su parte, el cálculo de salarios reales se ha visto obligado a usar caminos indirectos y 'ejemplares'. Mediante el análisis de las hojas salariales de una empresa significativa y los intentos de reconstruir alguna 'cesta de la compra' local o fijarse en la evolución del precio de un solo producto considera-

12. Pueden encontrarse una serie de ponencias indicativas de estos nuevos caminos en las actas del Segundo Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea que se reunió en Barcelona en junio-julio de 1994. En especial, las de Pedro Carasa, Joan Serrallonga, Pere Gabriel, Josep Ll. Martín Ramos, Jesús Rubio, José-Carlos Mainer, Juan Sisinio Pérez Garzón y Fernando del Rey. Cf. Francesc Bonamusa y Joan Serrallonga (eds.), *La sociedad urbana en la España Contemporánea*, Barcelona, 1994. Por otro lado, un buen ejemplo del largo camino recorrido por los manuales a explicar dentro de las escuelas sociales, es el de Mikel Aizpuru y Antonio Rivera, *Manual de historia social del trabajo*, Madrid, 1994.

13. Destaca en este sentido el texto de Alvaro Soto Carmona, *El trabajo industrial en la España Contemporánea (1874-1936)*, Barcelona, 1989.

14. La evolución inicial de la historiografía española del trabajo y los trabajadores, aquí esquematizada, fue similar a la de otros países europeos como Francia o Inglaterra. Las diferencias deben situarse en la muy limitada capacidad institucional (estatal) respecto de la estadística social, el nivel del conocimiento del mundo del trabajo y quizás, también, la relatividad del peso del trabajo industrial.

do indicativo¹⁵. En fin, el interés por las condiciones de vida está también en exceso siguiendo el camino marcado por unas fuentes estatales muy mediatizadas por el higienismo social, en la mayor parte de las ocasiones de corte paternalista y católico, con más voluntad de terapéutica que no de conocimiento de la realidad.

En la historiografía española se hace muy difícil encontrar ninguna síntesis que plantee con cierta racionalidad el análisis de las condiciones de vida (quizás porque es ya de por sí irracional haber mantenido en buena parte de la época contemporánea a tanta gente en la miseria), dada en cualquier caso la inexistencia de series largas y válidas de precios y salarios y dadas las muchas limitaciones metodológicas de la mayor parte de estudios sobre la vida cotidiana. Los avances se han producido de todas formas en algunos campos específicos como el de la beneficencia¹⁶ y el de las epidemias¹⁷.

II. ALGUNOS PELIGROS DE LA HISTORIOGRAFÍA MÁS ACTUAL: MUCHOS TEMAS Y MUCHO DESCONCIERTO INTERPRETATIVO

El revisionismo de los ochenta y noventa. Nuevas metodologías y muy pocas interdisciplinidades

La historia de los últimos veinte años en España ha sido una historiografía con voluntad revisionista y aceptación fundamental del sociologismo anglosajón. Por el camino, y durante un cierto tiempo se anatematizaron tanto los análisis que afirmaban alguna relación significativa entre las estructuras económicas y las relaciones sociales generadas por el mundo del trabajo y el comportamiento político de los actores sociales, como las versiones, cualificadas de marxistas, que pretendían inscribir la visión del trabajo en contextos sociales en conflicto y atribuían un papel destacado a la clase obrera como portadora de gérmenes de una nueva sociedad.

A notar que los revisionismos metodológicos no han afectado sólo la historia del movimiento obrero sino toda la historia social -y más en general la historia en su conjunto. Han implicado sin duda una diversificación de los temas a estudiar, fenómeno obviamente positivo

15. De la abundante bibliografía existente quizás deba destacarse el intento globalizador de Jordi Maluquer de Motes, "Precios, salarios y beneficios. La distribución funcional de la renta", en A. Carreras (coord), *Estadísticas históricas de España, siglos XIX-XX*, Madrid, 1989. Otras referencias pueden ser Pere Gabriel, "Sous i cost de la vida a Catalunya a l'entorn dels anys de la Primera Guerra Mundial", *"Recerques"*, Barcelona, 20/1988, pp. 61-93; E. Camps, "Els nivells de benestar al final del segle XIX. Ingrés i cicle de formació de les famílies de Sabadell (1890)", *"Recerques"*, Barcelona, 24/1991; A. Soto, "La evolución salarial en el primer tercio del siglo XX: en busca de una perspectiva comparada", *"Historia social"*, Valencia, 13/1992; Joan Serrallonga y José Luis Martín Ramos, *Condicions materials i resposta obrera a la Catalunya contemporània*, St Quirze de Besora, 1992; D.S. Reher y E. Ballesteros, "Precios y salarios en Castilla la Nueva: la construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991", *"Revista de Historia Económica"* XI, 1/1993; Guillermo Pérez Sánchez, *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid, 1875-1931)*, Valladolid, 1996.

16. Existe un balance útil en la revista *'Ayer'*, Madrid, 25/1997, un número monográfico editado por Mariano Esteban de Vega.

17. Cf. el balance efectuado por J. Serrallonga, "Epidemias e historia social. Apuntes sobre el cólera en España, 1833-1865", *"Historia Social"*, Valencia, 24/1996. Estudios específicos, en especial Diego Peral, desde un prisma de historia de la medicina, *Cólera y sanidad en las Reales Órdenes de 1833 a 1855*, Mérida, 1983; A. Llorente, *La epidemia de cólera de 1885 en Valladolid y provincia de Valladolid*, Valladolid, 1993; B. Echeverri, *La gripe española. La pandemia de 1918-1919*, Madrid, 1993; F. Bonamusa y Joan Serrallonga, *Del roig al groc. Barcelona, 1868-1871. Quintes i epidèmies*, Barcelona 1995.

en la medida que se amplían los objetos de estudio, aunque ni deberíamos obviar la larga tradición de los temas que hoy algunos nos presentan como grandes descubrimientos novedosos ni deberíamos caer en relativismo que esteriliza cualquier pretensión seria de la labor del historiador.

La ampliación de temas ha tenido mucho que ver con la apertura hacia las discusiones dinamizadas por la historiografía exterior y no se ha producido ninguna recuperación consciente de aquellas prácticas multidisciplinares a las que me he referido. Las nuevas temáticas y metodologías han adoptado -signo de los tiempos- formas y realidades de un mercado profesional historiográfico duramente competitivo. Sea como fuere, con mayor o menor continuidad, han incidido en la profesión algunas referencias importantes de la historiografía europea más actual.

En primer lugar debemos destacar el impacto de la historia popular británica, que a través de formas de historia oral y grupos de práctica historiográfica popular pretendió llevar la historia al terreno de la agitación y construcción socialista de base obrera y popular. Los famosos workshops de los ochenta y la revista *History Workshop* de Raphael Samuel parecieron constituir la derivación lógica del marxismo británico de los Thompson, Hobsbawm o Anderson, del mismo Burke, que tanto habían influido en los setenta y primeros ochenta. Ahora bien, la traducción hispana del movimiento británico -sin entrar ahora en la crítica de la experiencia inglesa- no fue en muchos casos sino un cierto camino abierto a la actuación local de jóvenes sin trabajo profesional como historiador¹⁸.

Menos influencia -aunque recientemente parece que algo llega- tuvieron las formulaciones alemanas de análisis de la vida cotidiana. Tuvo allí la explícita intención de romper con la historia justificadora -¿mixtificadora?- de la realidad nazi. La traducción española real no ha ido más allá de las versiones más anecdóticas i periodísticas. Aunque desde campos algo más militantes haya habido algún resultado notable, por ejemplo en el ámbito de la historia de la mujer.

Justamente la historiografía de la mujer ha sido fuera de aquí y aquí una de las grandes revelaciones de los últimos veinte años. Su fuerza fue y es muy destacada. Sin duda obligó a ampliaciones temáticas y cambios de interpretación muy notables. Aunque en España pocos y pocas lograran inicialmente romper la barrera de la historia del feminismo militante y la simple renovación conceptual de una historia en la mayor parte de los casos ya escrita anteriormente. En este punto son especialmente significativas algunas novedades aportadas a la historia de la mujer trabajadora. Aquí lo mejor ha sido la incorporación de visiones de vida cotidiana y militante de parte de prácticas de historia oral con las mujeres. Pero se está muy lejos de una renovación y concreción de nuestros conocimientos sobre el trabajo de las mujeres. Aunque algo hay¹⁹.

18. Pueden consultarse en este sentido distintas reflexiones en las muy diversas jornadas de historia local que se han efectuado en distintos lugares. Cf., por ejemplo, I Jornades de Recerca Històrica i Social del Baix Llobregat, Barcelona, 1993, con intervenciones específicas sobre la cuestión de Andreu Mayayo y de Pere Gabriel; también el libro colectivo sobre *La història local a catalunya*, editado por el Cercle d'Estudis d'Història de Girona, 1990, etc., etc.

19. Recientemente parecen iniciarse con entidad múltiples trabajos en esta dirección: Cristina Borderías, *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea, L a Compañía Telefónica 1924-1980*, Barcelona, Icaria, 1993; Silvia Puentes: *Artesanas i obreres*, Lleida, 1994; Mercedes Vilanova: *Les majories invisibles. Explotación fabril, revolució i repressió. 26 testimonis*, Barcelona, Icaria, 1995; Cristina Segura y Gloria Nielfa, edras.: *Entre la margi i nació i el desenvolupament. Mujeres y hombres en la historia. Homenaje a Mari Carmen García Nieto*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, UCM, 1996; etc. etc.

Fuera del ámbito de la historia militante, hay que considerar la incidencia de la sociología del trabajo, que se ha situado a caballo entre el estudio de la organización de las empresas actuales y el análisis más o menos crítico de las teorizaciones sobre la racionalización y el taylorismo.

Otras incidencias vinieron de la parte francesa: las referidas al discurso y la iconografía simbólica. Los famosos 'lugares de la memoria' que lamentablemente algunos han querido situar como la alternativa al análisis de las ideologías y culturas políticas activas en las distintas sociedades.

A notar que todos estos caminos en su práctica española tendieron en principio a ser universalizadores y excluyentes. A menudo se cayó en la autoafirmación excluyente, levantando barreras y exclusiones radicales alrededor del workshop y la historia oral, la historia de la coetaneidad y la gente común, la historia de género o la sociología histórica. Se trataba quizás del sarrampión del converso a la novedad. Cuando llegaron aquí las nuevas metodologías (fundamentalmente de corte sociológico y antropológico) fue quizás necesario el 'gran combate', alimentado asimismo por la necesidad para algunos de encontrar algún lugar bajo el sol de la academia (pero esto es otra cuestión). Cualquier pequeña novedad leída en alguna revista o libro extranjero se convertía así en la alternativa a la obligadamente denostada historia de corte estructural y finalista que según se decía era mayoritaria y dominante.

Creo, sinceramente, que hoy en día la situación ya no es la misma. En un segundo momento, la opinión dominante ha pasado a ser 'acumulativa'. Es decir ahora todos aceptamos y encontramos algo bueno en cualquier apuesta renovada metodológica y temática. Todo sirve y todo suma, por decirlo así. Son claros algunos de los peligros de esta actitud, aunque personalmente me parezca en cualquier caso una actitud mucho más constructiva y positiva que no la anterior. Uno de los peligros que ha sido denunciado incluso con éxito y acuñación de un lema es el de la 'historia en migajas'. Ciertamente, algunos se preguntan y yo entre ellos, si es tan cierto que todo sirve, que todo es historia. Si no estaremos yendo hacia un camino que alimenta nostalgias y curiosidades pero estaremos renunciando realmente a comprender y explicar (dar razones) nuestra sociedad, sus cambios, tensiones y continuidades. Si todo es historia, y el historiador es incapaz de la elección, jerarquización y articulación de los temas y las vivencias humanas, no hay -como algunos querrían por otra parte- historia. Hay simplemente una realidad social inabastable, incomprensible.

A mí me parece que entre todos hemos de recuperar unos hilos interpretativos básicos, lo cual quiere decir aceptar que la historia tiene un sentido y es comprensible. En este contexto ya avanzo que creo en la necesidad de la recuperación sin vergüenzas ni timideces el mundo de la política y por tanto recuperar el análisis de clase.

Articulación de las temáticas de estudio y afirmación de la perspectiva histórica

La lista de temas que en su momento fijaron los organizadores de estas VI Jornadas de Historia Local dedicadas a 'El trabajo en Vasconia' la encuentro meditada y su análisis puede permitirme desarrollar un poco más lo que estoy argumentando. Estamos ante un buen índice temático a desarrollar en estas jornadas, dotado de cierta estructura lógica formal, aunque he de advertirles que me parece que no contempla el mundo 'social' del trabajador, sino más limitadamente el mundo simplemente 'laboral' del mismo. Deja fuera así el barrio y la ciudad, la sociabilidad y la política, quizás porque el título habla del mundo del 'trabajo' y no del de los 'trabajadores'. De cualquier modo, és, como decía, una buena relación que algunos podrían considerar especialmente adecuada a un tratamiento de 'historia social' en la medi-

da que minimiza las discusiones más políticas e ideológicas y amplía y renueva los temas a considerar. Aunque una determinada lectura de la lista propuesta podría sin muchas dificultades inscribir el objeto de este congreso en aquella definición tópica y reduccionista de la historia social que afirmaba que en ella todo cabía excepto la política.

Ahora bien, creo que es fácil demostrar que la asunción de la política y la ideología no impide la consideración de todos los múltiples aspectos propuestos e incluso muchos más. El abanico temático de una historia social del trabajo -así como el índice de temas aquí presentado- puede, por ejemplo, agruparse en cuatro grandes bloques: a) el de las condiciones más materiales y básicas de vida y la muerte, que inevitablemente nos conducen a la consideración higienista, la enfermedad y la salud, el urbanismo proletario, etc.; b) un segundo espacio es el del ocio y el espectáculo y, si se quiere, el sexo, las relaciones amorosas y las matrimoniales, todas aquellas mil y una consideraciones que hace unos años aparecían como definitorias de la coetaneidad; c) como aquí se nos recuerda, no deberíamos minimizar un tercer gran lugar, precisamente el del mundo del trabajo, en el taller, la fábrica o el campo, y es clara la importancia en esta dirección de toda la problemática de la organización de la producción, las tareas y las diversas responsabilidades y jerarquías laborales; d) en fin, como último aspecto parece claro que no hay que renunciar -aunque hoy no sean tiempos para la lírica- al análisis y estudio del movimiento obrero y popular, en el bien entendido que éste no debe reducirse a la consideración del partido o el sindicato, sino que incluye una multiplicidad de formas asociacionistas y una sociabilidad muy extensa y magmática.

Cualquier clasificación permite hacer juegos de recomposición y en este caso también: no estamos demasiado lejos de una diferenciación muy tradicional alrededor de la vida cotidiana (los dos primeros bloques) y alrededor de la vida laboral de los trabajadores (los otros dos). De todas formas, si nos detenemos aquí, debemos percatarnos que estamos ante un análisis posiblemente plano, de radiografía y caracterización de una situación dada. Al menos deberíamos ser conscientes que sobre esta tipología hay que aplicar consideraciones y métodos de análisis complejos que nos exige el uso articulado de mecanismos y herramientas de antropología, sociología, análisis del discurso y semiótica (filología) y, por qué no, mecanismos de historia política. ¿O es que hemos de renunciar a la consideración de la formación de determinadas culturas políticas y el análisis de la presencia importante y en ocasiones decisiva del Estado en este mundo laboral?

No es sólo que debamos afrontar conscientemente análisis con trasfondos multidisciplinarios. Según como, continuaremos dentro de estudios y caracterizaciones planas, abocadas al funcionalismo y la armonía, que huyen de la comprensión del conflicto y evitan la perspectiva propiamente histórica. Inevitablemente hay que optar por unos ejes articuladores de la explicación si se quiere claro está explicar y no simplemente moverse en el terreno de la descripción por muy inteligente y elaborada que ésta sea. En el caso del mundo del trabajo mi opción es la aceptación de la centralidad del esfuerzo sindical y asociacionista del mundo del trabajo (tanto del trabajador como del empresario), así como del papel fundamental de este mundo del trabajo en la evolución y configuración de unas culturas políticas, más o menos contrastadas y más o menos compartidas, de los trabajadores y de los empresarios y patronos. Es, precisamente, a través de la formulación de estas culturas políticas que toma su mayor sentido la presencia en el escenario del Estado y nos permite entrever los múltiples trasfondos sociales del mismo. Así mismo es en relación a la articulación y codificación de estas culturas políticas que toman un sentido y una intencionalidad interpretativa las inevitables relaciones entre el mundo laboral de la fábrica o el taller y el mundo social del barrio o la ciudad. Se trata, en definitiva, de no rehuir sino aceptar la centralidad de la problemática

acerca de la configuración clasista de la sociedad y el papel en la misma del mundo del trabajo y las relaciones de trabajo.

Algunos grandes temas de debate actuales y retos de futuro

Una gran cuestión, heredera de la llegada de los debates del marxismo anglosajón de los setenta, que cuenta en estos momentos con una especial dedicación es la de la persistencia del oficio y del trabajo más o menos artesanal, la del trabajo cualificado también, a lo largo del tiempo y muy en especial en las primeras décadas del siglo XX. Cuestión ésta que plantea problemas a las interpretaciones más tradicionales sobre momentos de rápida proletarización y que en tiene una especial incidencia en el debate sobre las situaciones de Cataluña y el País Vasco, pero también en el Levante y Andalucía.

De manera muy intensa esta problemática parece ser uno de los ejes de la mejor historiografía sobre el mundo obrero del País Vasco. Aunque quisiera hacer notar que también aquí se tiende a aceptar acríticamente que se trata de un tema que nos indica de manera concluyente el mayor o menor grado de industrialización y desarrollo del capitalismo industrial y, en consecuencia, el mayor o menor grado de madurez y modernidad de la sociedad burguesa y la clase obrera. Se me ocurren al menos unas mínimas observaciones. No debemos detenernos en el siglo XIX y mucho menos pensar que el tema del paso y las tensiones entre trabajos artesanales y de pequeño taller respecto del trabajo de fábrica y gran concentración proletaria es una tema de transición que se agota en las primeras fases de un naciente y aún no consolidado capitalismo industrial; hay que afrontar la cuestión a lo largo del siglo XX -de todo el siglo XX. Deberíamos asimismo huir de las tentaciones del simplismo analítico y ser capaces al menos de plantearnos qué es más significativo, la aparición y desarrollo del trabajo de fábrica y la gran concentración proletaria o la *coexistencia*, con una mayor o menor tensión a lo largo del tiempo, entre el mundo artesanal y trabajo más o menos autónomo, el trabajo de pequeño taller, y el trabajo de fábrica.

Si hacemos esto nos encontraremos abiertamente ante la problemática ya en los años de la primera postguerra de la 'racionalización de la empresa' y la progresiva intervención y presencia social y laboral de unos nuevos oficios 'técnicos' y de letra. Desde los contables hasta los dependientes de banco, pero también toda una serie de renovados oficiales y encargados en el mundo del téxtil, del metal o la siderurgia, de la electricidad, etc. No es sólo un papel laboral el suyo, claramente asumián -creo que en todos los lugares- un papel cívico y político hasta el punto de convertirse en los grandes protagonistas de la cultura política de los años veinte y treinta. Trabajos en Cataluña son según creo muy significativos²⁰.

El tema es importante. Ha abierto el camino a estudios sobre la historia y el papel de los *cuadros técnicos*. No sólo en relación a la estricta organización interna de la empresa, sino, de forma más amplia, en relación a cuestiones como los de la conflictividad laboral, su papel en la contratación y encuadramiento del personal, o, incluso, su creciente protagonismo político en las primeras décadas del siglo XX.

20. Cf. en especial Angel Smith, "Social conflict and trade union organisation in the catalan cotton textile industry 1890-1914. *International "Review of Social History"*, vol. XXXVI, 3/1991; Carles Enrech, *l'ofensió patronal contra l'oficis. Estructures laborals i jerarquies obreres a l'indústria tèxtil catalana (1881-1923)*, UAB, 2000; y muchos otros trabajos (Cristina Bordería, Ernest Cañada, Enriqueta Camps, Angel Duarte, etc., etc.)

Por este lado, pueden constatarse dos derivaciones. Una primera nos remite a las consecuencias sociales de la aplicación de métodos de racionalización de la empresa y el papel en la misma de dichos cuadros y profesionales técnicos. En segundo lugar, de forma más general, pone en contacto la historia social de los trabajadores con toda la problemática política del papel de las clases y sectores intermedios en la sociedad contemporánea. Aún algo más, si se quiere con menor proyección. Continúa pendiente la cuestión de la importancia del autodidactismo y la práctica de la enseñanza profesional más o menos institucional o empresarial como forma de promoción y tránsito de determinados obreros y proletarios a los comportamientos y culturas más intermedias.

Y no se trata, inisisto en ello, una cuestión del siglo XIX o la primera mitad del siglo XX. Deberíamos ser capaces de incorporar la cuestión en las interpretaciones y aproximaciones al mundo del trabajo y los trabajadores de los años de la segunda postguerra y la dictadura franquista y los años sesenta y setenta.

Usualmente, el mundo campesino es el gran ausente del debate de la historia social del trabajo. Yo mismo aquí soy una palpable ejemplo: cuanto tiempo llevo ya hablando sin haber sido capaz de mencionar el tema. Es uno de los retos que tenemos entre todos planteado y en parte no deja de ser una cuestión derivada del mismo esquematismo aplicado en el caso que acabo de comentar alrededor del trabajo artesanal y de fábrica. Hemos tendido todos -sin duda de forma exagerada- a movernos bajo unos prismáticos y esquemas industrialistas. También en el caso del País Vasco me parece constatar esta cesura muy radical -en el fondo epistemológica- entre el análisis del mundo campesino y el del mundo industrial. Pero la realidad no parece sustentar el esquema. ¿No hay integración entre el campo y el mundo industrial no siempre claramente urbano? En Cataluña es claro. En multitud de comarcas -justamente las más industriales- la complementariedad y las estrategias familiares entre el trabajo industrial y el campesino fueron una constante hasta hace bien poco. En la actualidad, el cambio ha llegado de la mano de la extensión y consolidación de una cultura urbana que ha uniformizado una realidad donde la especificidad del trabajo campesino adquiere tonos y cantidades minoritarias. Pero no es sólo esto. Como demostraron diversos estudios, el movimiento campesino no se mantuvo a lo largo del tiempo alejado de las instancias y asociacionismo obrero más urbano.

Es evidente que en los últimos años se han abierto múltiples cuestiones nuevas que aparecen lejos de estar resueltas²¹. Otro gran tema de debate que aparece de forma reiterada, una y otra vez, en los ámbitos y campos de investigación de historia social más aparentemente dispares. Hemos pasado de contar con algunos análisis locales que los historiadores tendíamos a presentar como análisis caracterizadores de una situación genéricamente española a una situación radicalmente distinta en la que todos somos conscientes de las muchas y profundas diferencias locales y regionales. Los análisis ciertamente se han hecho mucho más complejos y a menudo todos renunciamos a las extrapolaciones y deducciones mecánicas y abusivas. Pocos son ahora los trabajos que no tienen en cuenta, por ejemplo, la presencia del Estado y el mayor o menor grado de desarrollo del mismo o de los soportes so-

21. Una buena forma de acercarse a las preocupaciones actuales de la historiografía social obrera en España puede ser la consulta de las actas de los congresos que organiza la Asociación de Historia Social. Se han publicado las correspondientes al congreso celebrado en setiembre de 1990 en Zaragoza (Santiago Castillo, coord., *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, 1991) y abril de 1995 en Córdoba (Santiago Castillo, coord., *El trabajo a través de la historia*, Madrid, 1996). También las del III congreso reunido en Vitoria en julio de 1997 (Santiago Castillo y José M Ortiz de Ortuño, coords., *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao 1998).

ciales con los que cuenta; o las dificultades de articulación (económica, social y política) de una clase obrera española. Más aún, estamos entre todos introduciendo en los trabajos la variable espacio y la variable de sector o ramo de la producción. Me parece claro en este sentido que los estudios de historia social del trabajo y los trabajadores han ganado considerables dosis de madurez metodológica y ambición interpretativa. De alguna forma, además, están planteando una cierta idea de regionalización de la realidad obrera, con consideraciones supraestatales. Ahora bien, todo ello aparece en parte contrarrestado por una gran dispersión y multiplicación de análisis no ya locales sino localistas. Se trata por tanto de un fenómeno que tiene también sus peligros: sirve en muchos casos para renunciar a entender y rehuir los problemas.

Toda esta 'regionalización' de los estudios ha venido a replantear un viejo tema de la historiografía española, el de si se puede hablar propiamente de una clase obrera española (una clase obrera articulada nacionalmente en España) y, en todo caso a partir de qué momento. En el fondo y por este camino algunas discusiones están recuperando el clásico debate de los sesenta sobre la configuración y las dificultades del establecimiento de un 'mercado nacional' en España. Las respuestas han sido y son múltiples: algunos opinan que la centralidad de la revolución liberal burguesa es clara y por tanto la cuestión a partir de 1833-1837 no tendría demasiado sentido plantearse; otros se inclinan, quizás con parámetros más políticos por las décadas centrales del siglo, en todo caso en 1868-1874; en fin con consideraciones más estructurales y sociales hay quien no entiende la existencia de una verdadera clase obrera hasta los años de la primera guerra mundial; incluso algunos contemplan últimamente la posibilidad de situar dicha formación en los años del franquismo. En este tema, aparte del mayor o menor grado de superficialidad de los análisis, quizás lo más significativo sea el que estén ganando consistencia los estudios concretos con voluntad de caracterización social de la población obrera y en general trabajadora, una caracterización que incluye una variada gama de categorías y situaciones locales o de ramo; por otro lado hace de nuevo evidente la necesidad de no ignorar la creciente presencia del estado liberal burgués en la ordenación de la vida económica y laboral. Es cierto sin embargo que el mapa de la geografía de la población obrera no se ha alterado sustancialmente y continúa basándose en un clásico mapa de la concentración industrial en unas determinadas regiones y provincias. De todas formas, poco a poco, al introducir variables un poco más flexibles y contemplar la pequeña y mediana industria, los servicios profesionales y la extensión de una cierta urbanización de la península, la relación que en muchos lugares puede establecerse entre trabajo industrial y trabajo del campo, etc., temáticas todas ellas que los estudios más o menos localizados forzosamente han de afrontar, poco a poco digo va llenándose y ampliando los contornos del dibujo de la clase obrera. A notar que en este punto muchos trabajos aportan también datos significativos sobre los ritmos y los momentos de cristalización de conciencia colectiva de clase, tanto respecto de los obreros más industriales como de aquellos más implicados en espacios rurales (notablemente en el caso español 1868-1874, 1917-1920, 1931-1936).

Quizás sin tanto alcance teórico, y a pesar del extenso repertorio temático al que me estoy refiriendo, hay aún algunas cuestiones que constituyen campos apenas entreabiertos (prácticamente sin obra realizada). Uno que me parece especialmente notorio es el de los movimientos migratorios, sólo asumido a partir del impulso derivado de ciertas conmemoraciones imperiales y con resultados muy limitados que se mueven en análisis de corte cuantitativo, necesarios pero a todas luces insuficientes. La historia social debería ser capaz de incorporar el análisis cultural, económico y laboral. Ampliar las fuentes a considerar (¿por qué no aquí -como se hace en Italia por ejemplo- usar archivos de correspondencia privada y

empresarial?). Y ser consciente que la problemática migratoria es un tema siempre presente en toda la historia del trabajo y los trabajadores hasta nuestros días.

También con cierta relación con esta misma problemática, debiéramos ser capaces de entrar a fondo con lo que podríamos llamar geografías de la clase obrera. Una de las geografías es obviamente la de la migración, pero a su lado puede avanzarse en la identificación y caracterización de la geografía precisa de las relaciones culturales e ideológicas con el extranjero y de manera más particular la misma geografía española, más o menos comarcalizada e inter-regional.

III. HISTORIA SOCIAL DEL TRABAJO E HISTORIA LOCAL

Otro de los tópicos actuales parece ser el de la minimización del estudio local y la monografía concreta, a la cual se acusa genéricamente de poco ambiciosa y falta de interpretación y análisis. No se trata de negar la realidad de ciertos trabajos concretos poco renovadores y poco atractivos, publicados gracias a la benevolencia de determinadas instituciones provincianas. Ni se trata de negar la utilidad -necesidad- de obras con visión de conjunto. Pero sí se trata de negar que las unas sean siempre simples y las otras al menos siempre ambiciosas.

Nos hemos acostumbrado en la historia contemporánea a crear prototipos y clichés a los cuales es fácil criticar. Sin caer en ningún tipo de pragmatismo, sí que hay que echar una lanza por la práctica historiográfica precisa, de archivo y documental. Y, sinceramente, poca visión globalizada producto del archivo puede hallarse en muchas de las visiones pretendidamente generales, que constituyen en el mejor de los casos buenos ensayos pero no tanto buenas obras históricas. Más bien, los mejores ejemplos de éstas están justamente en obras de historia local y monográficas.

Esto no impide que las exigencias sean muy altas. Ambición metodológica alta, que forzadamente debe traducirse en complejidad metodológica y consideración de múltiples aspectos y valentía interpretativa. Capacidad para crear desde la consideración local y monográfica modelos interpretativos capaces de fomentar la discusión contrastada de experiencias distintas. Si algo le falta a la historiografía española es, según creo, un diálogo generalizador desde la historia local y la monografía.

La historia local está obligada al análisis globalizador de la realidad sociológica de la población y el mundo del trabajo, de tal forma que debe -ella sí puede y debe contemplarlo- el afrontar el estudio, detallado y cuantitativo, de la patronal, los amos y los empresarios al lado y en relación compleja con el mundo del obrero, el artesano o el proletario. También, de manera especial la problemática de las transformaciones técnicas y las innovaciones, los cambios de la organización del trabajo; la problemática de la historia urbana y la sociabilidad; la emigración y la problemática de trabajo de la mujer.

Pero no es sólo que en la medida que su alcance espacial es limitado pueda exigirsele una mayor opción de análisis entrecruzado y articulado de la 'totalidad' de las temáticas consideradas anteriormente. Es que también puede y debiéramos exigir la voluntad y el reto de evitar los análisis 'planos' de dos dimensiones. Debe ser capaz, usando el tiempo largo, de afrontar la problemática de los cambios y las continuidades. Ha de ser capaz de usar sin perder en el intento, aceptando sus diferencias y sus exigencias y posibilidades distintas, los distintos 'tiempos históricos': desde la coyuntura política hasta el tiempo largo de las evoluciones y persistencias de la cultura más antropológica y sus valores; desde la coyuntura del

conflicto abierto hasta el tiempo largo de la consolidación de determinadas estrategias militantes.

Todo ello sin olvidar el reto de identificar -no siempre es fácil- las coyunturas que marcan grandes cambios y significan aperturas a grandes novedades e innovaciones. Son las que han de permitirnos fijar las periodificaciones adecuadas²².

La historia comparada

En su conjunto, todas estas cuestiones inevitablemente nos llevan al mayor y más fundamental reto en el que se encuentra inmersa la historia social actual, el de la ascensión de la historia comparada. El esfuerzo de todos en esta dirección es notable. Ahora bien, creo que hasta el momento nos hemos dejado llevar simplemente por una lectura subalterna de las discusiones exteriores más teóricas. Deberíamos aceptar el reto -nada fácil- de preparar en concreto trabajos de base que tengan la voluntad y sirvan para una práctica bidireccional respecto de la historia comparada europea. Soy consciente que ello exige no sólo un trabajo determinado sino la capacidad y la estrategia de contactos pertinente para que la historiografía o al menos parte de la misma sea capaz de entrar en los circuitos hegemónicos de historia social europeos al menos. No deberíamos dejar -por muy respetables que en algunos casos sean que la presencia de temática española sea un monopolio de los ámbitos del hispanismo exterior y, más aún, deberíamos ser capaces no ya de informar y explicar 'lo español' ('lo vasco', 'lo catalán', etc.) sino de entrar en la discusión de modelos y situaciones desde la incorporación y los análisis propios.

IV. UN EPÍLOGO NECESARIO: UNA HISTORIA DE CLASE, UNA HISTORIA POLÍTICA

Y termino. En ningún caso ha existido una historia 'neutra' del trabajo. Esquemmatizando mucho la cuestión tenemos que una parte de los intentos han sido unos análisis de terapéutica social, obsesionados en evitar o suavizar la conflictividad relacionada con el trabajo y sobre todo evitar que dicha conflictividad pusiera en cuestión bases sociales centrales de la sociedad capitalista. Otros estudios han tenido la intención más o menos explícita de marcar cierta apología del mundo empresarial, o bien, en fin, se ha tratado de justificar (¿entender?) la voluntad y la lucha de los trabajadores. Durante un tiempo, la literatura sobre el trabajo estuvo evidentemente mediatizada por la situación política y de hecho se convirtió en una bibliografía militante alrededor de la conflictividad de clases. En este sentido, la historiografía militante derivada de la guerra civil dió lugar a una historiografía sobre el movimiento obrero realizada a través de las lecturas falangista y lectura socialista, anarcosindicalista o comunista, con alguna variante como es el caso de las versiones anarquistas o trotskistas.

Contra determinados tópicos quisiera reivindicar la bibliografía importante de los años sesenta y setenta. Ciertamente fue una historiografía en gran medida política. Atenta al movimiento obrero y las formulaciones ideológicas de las vanguardias militantes y dirigentes. Se

22. Podría pensarse que estamos una vez más ante buenos deseos y poco más. Sinceramente no lo creo. No voy a competir con todos uds. en el conocimiento de la historiografía vasca. Pero si me atrevería -en relación- al mundo del trabajo- a citar a Luis Castells y Guipúzcoa. O algo más reciente como el trabajo de Rafael Ruzafa sobre Bilbao y la margen izquierda (1998) y de Miguel Angel Barcenilla sobre Errenteria (1999), etc. He citado ya los trabajos respecto del mundo de la empresa en el textil catalán de Enrech, Dorel-Ferré, Ernest Cañada, etc.

truncaron así en parte, sólo en parte, un tanto los análisis más estructurales sobre el trabajo, aunque algunos algo hicimos en esta dirección. En cualquier caso creo haber insistido lo suficiente. El análisis de las 'relaciones industriales', las relaciones laborales, es relativamente fácil que resulte a la postre aislado dentro de unos de los mundos del trabajo, el de la fábrica y la formalidad de las relaciones laborales. Ajeno al conjunto de la sociedad. A notar que el gran tema va mucho más allá de la simple consideración de un 'contexto social' que nos permita conocer una realidad 'más amplia'. El gran tema es el de si aquellas relaciones de producción constituyen o no un elemento central en la explicación de una dinámica histórica clasista de la sociedad. Para mí este es el reto de fondo de la historia social y es por ello que en contra del tópico me inclino, beligerantemente, por la consideración de la política y más aún la reinterpretación de la historia más académica y política desde la historia social. Muchas gracias.